

LIBRO TREINTA Y OCHO.

Bloqueo continental.

Situación del imperio despues del matrimonio que une las córtés de Francia y Austria.—Napoleon quiere sacar provecho de la paz calmando los espíritus en Europa y concluyendo al par las hostilidades con España y con Inglaterra.—Se apresura á repartir entre sus aliados los territorios que le quedan desde el Rhin al Vistula para evacuar pronto la Alemania.—Distribucion de los ejércitos franceses en Iliria, Italia, Westfalia, Holanda, Normandia, Bretaña, con el triple interés del bloqueo continental, la guerra de España y la economía.—Apuros rentísticos.—Napoleon se propone que pese sobre España parte de los gastos que ocasiona.—Consiste el proyecto de Napoleon en obligar á los ingleses á la paz tras de un gran descalabro en la Península y por efecto del bloqueo continental.—Estado de la cuestion de América y situación embarazosa de los americanos entre la Inglaterra y la Francia.—Ley americana de *embargo*, y arresto de todos los navegantes de la Union en los puertos del Imperio.—Providencias de Napoleon para cerrar á Inglaterra todas las playas del continente.—Sus exigencias respecto de Holanda, las ciudades anseáticas, Dinamarca, Suecia, Rusia.—Resistencia de Holanda.—A la par que se dedica á estos trabajos, ocúpase Napoleon en poner término á las disputas religiosas.—Falta de algunos cardenales con motivo de su matrimonio, y rigores á causa de ella.—Situación del clero y del papa.—Esfuerzos para crear una administracion provisional de las

iglesias y resistencia que el clero opone.—Carácter y conducta del cardenal Fesch, del cardenal Maury, y de Mrs. Duvoisin y Emery.—Establecimiento que Napoleón destina al papado en el seno del nuevo imperio de Occidente.—Envío de dos cardenales a Savona para negociar con Pío VII, y proyecto de un concilio en caso de que se atravesaran grandes dificultades.—Continuación de los asuntos con Holanda.—Napoleón quiere que Holanda cierre al comercio británico todo acceso, y le socorra más eficazmente con sus fuerzas navales.—Niega el rey Luis á todos los arbitrios capaces de producir este doble efecto.—Este príncipe se halla á punto de rebelarse contra su hermano y de echarse en brazos de los ingleses.—Mejor aconsejado, renuncia á este designio y marcha á París con el fin de entablar negociaciones.—Varias tentativas de acomodo.—No esperando Napoleón cosa alguna de Holanda, ni de su hermano, trata de reunirlos al Imperio y lo explica así francamente.—Contiéndole el pesar de su hermano, é imagina un plan de negociacion secreta con el gabinete británico, enderezado á proponerle que consintiera en tratar de paz y se respetaria la independencia de la Holanda.—Mr. Fouché interviene en estos diversos negocios y designa á Mr. de Labouchere como el mediador más idóneo para desempeñar una mision en Londres.—Viage de Mr. de Labouchere á Inglaterra.—Rehusa el gabinete británico agitar la opinion pública de resultados de la abertura de una negociacion insegura, y despide á Mr. de Labouchere con la declaracion formal de que toda proposicion equívoca ha de quedar irremisiblemente sin respuesta.—Ignorándolo Napoleón, afánase Mr. Fouché en anudar esta negociacion medio abandonada.—Se somete el rey Luis á la voluntad de su hermano, y firma un tratado por cuya virtud cede Holanda á Francia el Brabante Septentrional hasta el Wahal, consiente en que ocupen sus costas nuestras tropas, abandona los asuntos de presas á los tribunales franceses, y se obliga á reunir una escuadra en el Texel para el día 1.º de julio.—Regreso del rey Luis á Holanda.—Viage de Napoleón con la emperatriz á Flandes, Picardia y Normandía.—Grandes obras de Amberes.—Napoleón descubre en el camino que Mr. Fouché ha anudado secretamente y sin conocimiento suyo la negociacion con Inglaterra.—Desgracia y destitucion de este ministro.—Conducta del rey Luis despues de su regreso á Holanda.—Lejos de que procure tranquilizar á los holandeses, los irrita con la expresion de exageradissimos sentimientos.—Su oposicion manifiesta á la entrega de los cargamentos americanos, al establecimiento de las aduanas francesas, á la ocupacion del Norte de Holanda, y á la formacion de una escuadra en el Texel.—Funesto incidente de un insulto del pueblo de Amsterdam á la embajada francesa.—Irritado Napoleón manda al general Oudinot que entre en Amsterdam á banderas desplegadas.—Despues de hacer el rey Luis vanos esfuerzos para impedir que se presenten en su capital las tropas francesas, abdica la corona en favor de su hijo bajo la renga de la reina Hortensia.—Al saberlo Napoleón decreta la

incorporacion de Holanda al Imperio, y dividela en siete departamentos franceses.—Sus afanes por restaurar en este pais la hacienda y marina.—Vasto desarrollo del sistema continental de resultados de formar parte del Imperio la Holanda.—Nuevo método imaginado para la circulacion de los generos coloniales, y permiso otorgado con este fin á los detentadores, mediante el pago del 50 por 100.—Pesquisas decretadas para sujetarles á este pago.—Invitacion á los estados del continente á fin de que se adhieran al nuevo sistema.—Todos se adhieren menos Rusia.—Inmensas presas en España, Italia, Suiza, Alemania.—Terror infundido á todos los correspondientes de Inglaterra.—Restablecimiento de las relaciones con América á condicion de que las rompa con Inglaterra.—Situacion del comercio general en esta época.—Eficacia y peligro de las providencias por Napoleón concebidas.

Triunfante Napoleón en Wagram de Austria y de los últimos levantamientos de Alemania; enriquecido con nuevos despojos territoriales en Gollitzia, Baviera é Iliria; prodigando á sus aliados polacos, alemanes, italianos, las provincias arrebatadas á sus enemigos; habiendo ensanchado más hácia Oriente su Imperio ya tan extendido por el Norte, el Oeste y el Mediodía; esposo sin ser raptor de una archiduquesa, parecia repuesto en la cúspide de las grandezas humanas, de donde estuvo á punto de rodar segun las esperanzas de los contrarios y los temores de sus amigos. Como el mundo juzga las cosas por de fuera, mostrábase una vez más asombrado y no sin fundamento, pues salvo Rusia, donde sin embargo se daban á Napoleón repetidas señales de deferencia, salvo España, donde una vasta insurreccion popular le disputaba las extremidades de la Peninsula, todo el continente estaba sin duda sumiso, y parecia ilimitada la humildad tanto de pueblos como de reyes. Protejida por el

Océano, sola Inglaterra seguía librándose de esta dominación prodigiosa; mas si en Francia la guerra marítima producía cansancio, no movía a asombro ni á susto, y antes bien se acariciaba el pensamiento de que no siempre el mar sería invencible por la tierra.

Ante espectáculo tan sorprendente, el partido realista y religioso, mas iluso que otro ninguno y por tanto menos propenso á darse por vencido, sentía que le iban faltando las fuerzas. Así inclinábase á la dinastía imperial mas de lleno, y muchos de sus individuos, hasta entonces los mas desdenosos y maldicientes, acabaran de admitir destinos de córte. Porque los prestaran asenso, ó por que les sirvieran para encontrar, á su debilidad alguna excusa, divulgaban los mas singulares rumores. Al decir de ellos, Napoleón enlazado con María Antonieta desde que era esposo de María Luisa, iba á retroceder á lo pasado, á rehabilitar gloriosamente la memoria de Luis XVI, á expulsar á los regicidas del gobierno y quizá tambien del territorio, y en suma á rodearse de la antigua córte. Juntamente con estos rumores hacían circular una noticia aun mas extraña, la de que se estaba á punto de alzar el destierro y hacer mariscal con el título de duque de Hohenlinden á Moreau, popularísimo entre los amigos de los Borbones (1). De boca de los republicanos hubiera sido muy difícil saber nada, pareciendo como si no existieran en el mundo; y realmente apenas sobrevivían algunos de aquellos ocultantes

(1) Mas de un mes dieron asunto estos rumores á los informes de la policía.

do sus errores y sus desmanes entre la sombra y el olvido. Pero en su lugar se notaba cierta disposición al examen y á la censura, que presagiaba para tiempos nada remotos un estado de los espíritus muy diferente del de entonces. Aun eran poco perceptibles estos preludeos de independencia, y semejava totalmente restablecida la grande autoridad que habia rodeado á Napoleón mucho tiempo.

Con todo, á vueltas de estas apariencias todavía fascinadoras, ya columbraban los espíritus reflexivos ciertas realidades importunas. Haciendo Napoleón bodas con una princesa austriaca, habia quitado mucha verosimilitud al supuesto proyecto de destronar á las antiguas dinastías, y amortiguado algun tanto el violento odio que inspiraba á Austria; pero no la habia indemnizado de sus pérdidas durante quince años, ni consolado de sus desastres á la Prusia, ni sacado de su grande humillacion á Alemania. Con sus procederés á propósito de su matrimonio y con su negativa tan leal como arrogante al convenio sobre Polonia, habia ofendido irremediáblemente á la Rusia, preparándola ademas un semillero de desconfianzas de resultas de su alianza con la córte de Viena: á Italia habia ofendido igualmente apropiándose primero la Toscana y despues las Legaciones y hasta Roma: en la guerra de España tenia de continuo una llaga manando sangre y una causa de hostilidades á que no se veía el fin en el odio de la Inglaterra. A mayor abundamiento, para hacer frente á dificultades de tantas clases, habia que mantener ejércitos innumerables en el Norte, el Este y el Mediodía: sostenerlos iba á ser gravámen exclusivo de Francia por efecto de la paz del continente; reclutarlos

era ya para las familias un manantial perenne de angustias. Por último, si aun no cisma, muy confuso encadenamiento de altercados, tenia Napoleon en su discordia con el papa. Todas estas cosas notadas por los enemigos, que, deseosos del mal lo descubren muy de antemano; desconocidas por los amigos, que se lo ocultan por que les incomoda; casi patentes para los espíritus cuerdos siempre raros y poco oídos; á veces por el mismo Napoleon discernidas, no engendraban realmente peligros insuperables para quien rayaba á tanta altura, si una moderacion muy agena de su carácter altanero y apasionado, y una aplicacion paciente y constante para llevar á cabo ciertos designios antes de acometer otros nuevos, le ayudaran á resolver las numerosas dificultades en que se encontraba metido.

Aplicándose por ejemplo, á sacar de su enlace reciente las ventajas que podia proporcionarle, como tranquilizar poco á poco á Austria, hacerla esperar y restituirla en prenda de alianza sincera las provincias ilíricas que no le servian de nada; sosegando á Alemania con evacuarla totalmente; restringiendo en vez de dilatar las agregaciones continuas al territorio del Imperio; dedicándose á conseguir que el bloqueo continental fuera mas rigoroso, sin valerse de tal pretesto para mas invasiones; lanzando sobre España una masa enorme de fuerzas, y su persona misma, fuerza la mas prepotente entre todas; renunciando á toda guerra hasta dar á esto feliz remate; preparando en la Península tales descabros á los ingleses que les obligara á la paz; atendiendo esmeradamente á las creencias religiosas, que tanto halagó á los principios; atrayendo á

Pio VII á un ajuste, que este pontifice deseaba en el fondo de su alma; asegurando fuera y por virtud de la paz general el establecimiento del Imperio; otorgando dentro alguna libertad á los espíritus prontos á despertarse, sin duda cabia en lo posible precaver una gran catastrofe, ó cuando menos prolongar la duracion del demasiado vasto edificio que habia levantado; y prolongar decimos de intento, porque, para eternizarlo, hubiera sido menester renunciar valerosamente á adquisiciones condenadas por la naturaleza de las cosas, como el tener prefectos en Roma, Florencia, Laibach, y reducirse á los Alpes, al Rhin, á los Pirineos, que entonces no pensaba aun disputarnos la Europa; ¡y que magnifico imperio el que, aun despues de limitado, hubiera comprendido á Génova, el monte Cenís, el Simplon, Ginebra, Huninga, Maguncia, Wesel, Amberes, Flesinga!

No parece sino que la Providencia, como indulgente madre, antes de que se pierdan los hombres les avisa muchas veces y les convida en cierto modo á reflexionar con el fin de que se propongan la enmienda. En Eylau, en Bailen, en Essling, la Providencia habia señalado claramente á Napoleon los límites que no debia de traspasar de ningún modo; y concediéndole el triunfo de Wagram despues de la difícil campaña de Austria, dándole una esposa de la sangre de los Césares para ser madre del heredero del nuevo imperio, parecia como que le otorgaba un plazo para retroceder y salvarse. Con su rara penetracion fijóse él mismo en esta sobrenatural enseñanza, reflexionó sobre ella, quiso aprovecharla, y desde su regreso á Paris ocupóse asidua y esmeradamente en tranquilizar á la

Europa, en aplacar á Alemania, en poner término á la guerra de España, y por último en restituir al mundo agobiado ya de fatiga el reposo. Desgraciadamente dedicó á resolver estas dificultades el propio carácter que puso en juego para crearlas; en vez de desatar el nudo, quiso cortarlo, y de resultas su genio, siempre vasto, no fué ya feliz y hasta pareció menos hábil.

Después de sus bodas fué uno de sus primeros actos dirigir una circular á los agentes diplomáticos del imperio, para que de ella sacasen la materia de sus discursos: «Esta circular (escribía Napoleón al ministro de Negocios extranjeros encargado de redactarla) no se dará á la imprenta, pero servirá para dar el tono al lenguaje de que deben usar mis agentes. Direis en ella que uno de los principales arbitrios de que los ingleses se valen para atizar la guerra del continente, estriba en suponer que intento la destrucción de las dinastías. Habiéndome colocado las circunstancias en el caso de elegir esposa, he querido quitarles el pretexto de agitar las naciones y de sembrar las discordias que han ensangrentado la Europa. Nada me ha parecido mas adecuado á calmar todas las inquietudes que pedir por esposa una archiduquesa de Austria; y con noticias particulares de las brillantes y eminentes prendas de la archiduquesa María Luisa, me ha sido dado ajustar á mi política mi conducta. Hecha la petición y consentida por el emperador de Austria, partió el príncipe de Neufchatel, etc. Me he regocijado de esta coyuntura para reunir dos grandes naciones y dar una prueba de la estimación en que tengo al Austria y á los habitantes de la ciudad de Viena. Añadireis

que deseo que su lenguaje sea á tenor de los vínculos de parentesco que me unen á la casa de Austria, sin que por esto digan cosa capaz de alterar mi íntima alianza con el emperador de Rusia.» (1)

Estas líneas contienen toda la política de Napoleón por entonces. Estrechar sus relaciones con Austria, á quien le unían vínculos de parentesco, sin enagenarse la Rusia, en la cual seguía fundando su sistema de alianza, constituyó su principal estudio durante algun tiempo. Efectivamente, apresuró la evacuación de los Estados austriacos; manifestóse tratable respecto del pago de las contribuciones de guerra; consintió en un empréstito que Austria quería abrir en Amsterdam, y aun intervino directamente para que lo realizara; oyó con agrado algunas vagas palabras sobre el destino definitivo de las provincias ilíricas, recién incorporadas á Francia; y cuya restitución hubiera sido para la corte de Viena un excelente regalo de boda; é hizo la mejor acogida á Mr. de Metternich, enviado á París por el emperador Francisco, á fin de que cimentara las relaciones esencialmente nuevas por consecuencia legítima del celebrado matrimonio.

Al ingresar Mr. de Metternich en el gabinete de Viena, donde ha permanecido cerca de cuarenta años, inauguraba una política muy diferente de la de sus antecesores, como enderezada á producir la buena inteligencia con Francia. Por prepararla quiso ir á París, tanto para guiar los primeros pasos de la joven emperatriz en una corte de cuyos

(1) Carta de Napoleón al duque de Cadore, existente en el archivo de la secretaría de Estado.

regiros estaba muy al cabo, como para asegurarse de si el conquistador contraeria hábitos mas pacíficos entre las dulzuras de un brillante enlace, ó si lo convertiría en punto de partida para nuevas y mas vastas empresas. No eran tiempo perdido algunas semanas dedicadas á este doble objeto, y el emperador Francisco habia consentido en que su ministro futuro se dirigiera á París á desempeñar esta postrera y útil mision antes de entrar en el ejercicio de sus funciones.

Napoleon que habia tenido cerca de sí á Mr. Metternich largo tiempo, le acogió solicitamente y aun esmeróse en agradarle. Sobre todo quiso hacerle testigo de la felicidad de la jóven emperatriz para que estuviera en proporcion de tranquilizar al emperador Francisco sobre la suerte de su hija. Y con efecto, cierto dia que Mr. de Metternich fué á ver al emperador mientras se hallaba en el cuarto de su esposa, se le introdujo sin tardanza en lo interior de palacio; y conduciéndole Napoleon al mismo aposento de Maria Luisa, le dijo «Venid, vereis con vuestros propios ojos cuán desdichada es vuestra jóven archiduquesa, y especialmente lo muy sobresaltada que pasa la vida;» y al dejarle despues de breve rato, añadióle. «Quedais con la emperatriz á solas, sereis depositario de sus confianzas, oireis sus cuitas, y podreis trasmitírselas al emperador Francisco.» Aunque sorprendido Mr. de Metternich y casi cortado de resultas; quedóse con Maria Luisa, que se le manifestó completamente feliz con su nuevo estado, y aun le dijo con mas despejo que el de costumbre. «Probablemente creeran en Viena que tengo mucho miedo á mi temible esposo; y es la verdad que podreis decir

á mis antiguos compatriotas que mas miedo me tiene él á mí que yo á él.» Y era asi que cuando Maria Luisa caia en alguna indiscrecion muy excusable entre personas y cosas que le eran extrañas, apenas se atrevia Napoleon á corregirla, y valíase de Mr. de Meneval ó del archi-canciller para hacerla aquellas advertencias que vacilaba en comunicarla directamente.

Cerca de una hora habia durado la conversacion de Mr. de Metternich y Maria Luisa, cuando oyeron llamar á la puerta y vieron llegar á Napoleon que le dijo igualmente jovial que antes. «¿Con que os lo ha referido todo mi esposa? ¿Os ha abierto su corazon? ¿Hay motivo para dolerse de este matrimonio por la ventura de la muger que se me ha confiado? Escribid al emperador Francisco todo lo que hayais indagado sin miramientos ni reticencias.» Y acto continuo retiróse con Mr. de Metternich á platicar de los graves asuntos que naturalmente debian ser objeto de las conferencias entre Napoleon y un personaje, destinado á ser muy en breve primer ministro de la corte de Viena. Desgraciadamente, á vueltas de esta ostentacion de donaires, cuando Napoleon trataba cosas de trascendencia, cuando hablaba de tal ó cual Estado, de lo porvenir y de sus proyectos, siempre le iban arranques de audacia, de encono, de orgullo, de ambicion, que asustaban á quien se proponia tranquilizar entonces. Asi este leon, adormecido por un instante bajo la mano que le halagaba, subito se despertaba rugiendo, si alguna imagen imprevista excitaba sus tremendos instintos.

Mas difíciles eran aun las buenas relaciones con Rusia, ofendida por consecuencia de lo precipita-

damente que Napolcon habia roto el enlace proyectado un momento con la gran duquesa Ana; inquieta ademas de la conducta que observaria respecto de ella cuando fiera en tener de su parte al Austria y contrariada por la negativa á firmar el convenio relativo á Polonia. Respecto del enlace, tan pronto propuesto como roto, Napoleon habia encargado á Mr. de Caulaincourt que dijera en San Petersburgo que las vacilaciones de Rusia y mas aun la juventud extremada de su princesa le habian obligado á admitir la archiduquesa de Austria, en quien se reunian todas las condiciones apetecibles de edad, de salud, de cuna, de educacion escogida, y por la cual habian ya resultado y aun resultarian mas afectuosas relaciones entre las córtes de Paris y de Viena, bien que sin la alteracion mas leve en el sistema de las alianzas politicas, siempre el mismo, siempre cimentado sobre la íntima union de los dos imperios de Oriente y de Occidente; que Napoleon deseaba la victoria de los rusos sobre los turcos, y la conclusion de la paz que debia de asegurar al emperador Alejandro la orilla izquierda del Danubio, esto es, la Moldavia y la Valaquia, segun las estipulaciones secretas de Tilsit; que acerca de Polonia, siempre se hallaba pronto á firmar el compromiso de no favorecer ninguna tentativa que propendiera al restablecimiento del antiguo reino de Polonia, satisfaciéndole en este punto el gran ducado de Varsovia, ensanchado recientemente; pero que no podia contraer el compromiso general, absoluto y hasta jactancioso de nunca restaurar la Polonia. Esto (decia Napoleon) no depende del emperador Alejandro ni de mí, por poderosos que seamos, sino de Dios, mas

poderoso que nosotros. A no provocar y hasta á no auxiliar los designios de Dios puedo comprometerme, pero no á encadenarlos. Modestia rara que esta vez le favorecia á maravilla y de que usaba muy hábilmente para combatir los razonamientos de sus contrarios. Con todo, como si nunca pudiera dejar de hacer sentir la punta de su espada ni aun entre las demostraciones mas amistosas, añadia que, anhelando sobremanera la continuacion de su intimidad con la Rusia, veria con desagrado sus pretensiones de traspasar la linea del Danubio y de pedir á los turcos la Bulgaria toda ó parte de ella; que en cambio de las concesiones hechas al czar, de la Finlandia, recien incorporada á su territorio, de la Moldavia y la Valaquia, próximas á pertenecerle, esperaba y queria la continuacion perseverante de los rigores para con Inglaterra, la clausura absoluta de los puertos rusos, y en suma la fiel concurrencia que se le habia prometido en Tilsit por primera vez y en Erfurt por segunda, y que habia pagado á costa de los mayores sacrificios. Todo lo cual se decia con una mezcla de cortesania, de amistad, de altivez, no propia en verdad para otender á una potencia satisfecha del todo, pero insuficiente para reanimar el afecto de un aliado ya sensiblemente algo tibio.

Mr. de Romanzoff en San Petersburgo, Mr. de Kousakin en Paris oyeron estas explicaciones con visos de satisfaccion suma, porque Alejandro, con orgullo muy bien entendido, no queria manifestar á la sazón el desagrado que sentia, por temor de que se atribuyera al despecho de haberse descompuesto un enlace, que realmente habia deseado poco, y á cuya propuesta no dió oídos sino para

estar mas seguro de adquirir la ribera izquierda del Danubio. Asi, para significar mejor estas intenciones Mr. de Kousakin, atacado de gota el dia de la ceremonia nupcial, se hizo llevar cubierto de oro, pedreria y encages á la capilla del Louvre, ostentando risible júbilo en medio de sus dolores agudos, y prodigando alabanzas á la nueva emperatriz por su apostura y su belleza, hasta el extremo de turbar al mismo Mr. de Metternich, que no sabiendo que responder á los reiterados cumplimientos del diplomático ruso, le dijo: «Si, está muy bella, pero no es bonita (1).»

Siempre activo en el trabajo ocupóse Napoleon seguidamente en terminar los diversos asuntos de Alemania, con la muy cuerda intencion de evacuarla. Por el último tratado de paz conservaba el Tirol alemán y el Tirol italiano, que se habia acabado de someter durante las negociaciones de Altemburgo: además á la orilla derecha del Inn conservaba á Salzburgo y otros distritos, de sus conquistas anteriores le quedaban el principado de Bayreuth en el Alto Palatinado, Hanau y Fulda en Franconia, Erfurt y otros muchos territorios enclavados en Sajonia, Magdeburgo en Westfalia, y por último Hannover en el norte de Alemania. Inmediatamente resolvió distribuir estos diversos territorios, despues de haber exigido parte de su valor en dinero ó en dotaciones para sus generales, y de retirar sucesivamente sus tropas, excepto las precisas para guardar el nuevo reino de Westfalia. Aunque fué muy de sentir el permanecer en este reino ante los odios alemanes y las inquietudes

(1) Informe del duque de Rovigo al emperador.

européas, que hubiera sido necesario dedicarse á sosegar lo mas pronto posible, ya era un cambio muy provechoso, luego de disponer de los territorios aun no repartidos, traer mas acá del Rhin ciento ó doscientos mil hombres, y no dejar tropas francesas mas que cerca de un trono francés, ó junto al litoral de las ciudades anseáticas, no bastando estas ó no dándose prisa á cerrarlo al comercio británico.

Como era natural, Napoleon transmitió á la Baviera cuanto habia adquirido junto al Inn y en la Alta Austria, sin que pudiera hacer uso mas conveniente y mejor entendido. La abandonó, pues, Inviertel, Salzburgo, el Tirol alemán y una parte del italiano, reservando al reino de Italia toda la parte necesaria para demarcarlo del mejor modo. Además concedióla el principado de Ratisbona, quitándoselo al príncipe primado, que debia ser dotado de otra manera, segun se verá luego, y finalmente el principado de Bayreuth, conquistado antes á la Prusia. Sobrado era esto para resarcir á Baviera de sus esfuerzos y de sus gastos durante la última guerra. Sin disminuir mucho á esta compensacion el precio, aun podia Napoleon exigir que abandonara á Witemberg una poblacion de 150,000 almas, de las cuales cederia 25,000 á Baden y 15,000 á Darmstad. Mediante estos distintos cambios, los territorios de dichos aliados habian de tener bastante ensanche y limites mas convenientes. Ulma tocara á Witemberg, al par que Ratisbona y Bayreuth serian transferidos á la Baviera.

Por supuesto que Napoleon exigió como precio de estas concesiones de territorio, que no se le

pidiera nada por los suministros de sus ejércitos durante su permanencia en Baviera, Witemberg y Baden. Tuvo á su cargo dirigir esta evacuacion el mariscal Davout, cuyo espíritu de orden y cuya probidad ofrecian toda clase de garantías. Sucesivamente hizo pasar las tropas francesas de Viena á Salzburgo, de Salzburgo á Ulma, de Ulma á Westfalia, y se encontraba satisfecho cuanto consumieron durante esta marcha retrógrada de muchos meses. A la Baviera exigió Napoleon que ratificára las donaciones hechas á los oficiales franceses de todas graduaciones en las provincias concedidas, á no ser que prefiriera rescatarlas por valores determinados. Además quiso que desembolsara una suma de treinta millones en bonos pagaderos á largo plazo, para indemnizar al Tesoro extraordinario de los gravámenes con que le habia recargado esta campaña. Aun con estas condiciones el don hecho á Baviera valia mucho y era muy superior á sus sacrificios. Al asegurarla de nuevo el Tirol, recomendóla Napoleon que le diera una constitucion adecuada á satisfacerle, asi como, al ceder á Baden diversas partes del Palatinado, le exigió que tratara bien á los católicos, porque es de notar que, sino le descarriaban como conquistador sus pasiones, siempre se le veia obrar como estadista prudente y humano.

Ya satisfechos nuestros aliados de la Alemania Meridional y evacuados sus territorios, ocupóse Napoleon en lo concerniente al centro y al norte de esta comarca. Urgia fijar la suerte del príncipe primado, antiguo elector y arzobispo de Maguncia ascendido á canciller y presidente de la Confederacion del Rhin, y cuya dotacion consistia, parte

en el principado de Ratisbona, recién adjudicado á Baviera, parte en los derechos de navegacion del Rhin, que producian una renta variable para lo presente y sujeta á un sin número de vicisitudes para lo venidero. Queriendo Napoleon tratar dignamente á este príncipe muy adicto suyo, le otorgó los principados de Fulda y de Hanau, conservados en su poder hasta entonces, á condicion de que cediera algunas porciones de territorio á los duques de Hanau y de Hesse-Darmstadt, Ratisbona á Baviera, y los derechos del Rhin al tesoro extraordinario. Estos derechos debian concurrir á formar la dotacion de los principados de Essling, de Wagram, de Eckmühl, conferidos á los mariscales Massena, Berthier y Davout por galardón de sus servicios en la última guerra.

Otra ventaja, sobre la ya dicha, proporcionaba á Napoleon esta providencia, pues lo era sin duda el asegurar la suerte del príncipe Eugenio, cuya dotacion como individuo de la familia imperial, habia caducado por consecuencia de las bodas con Maria Luisa. Esperanzas de adopcion en favor del virey no las habia ya tampoco, presagiando todo que Napoleon tendria prole. No entraba en sus miras segregar del imperio francés el reino de Italia, y admitia cuando mas que figurara allí como virey pasageramente, bajo la soberanía del emperador, el heredero directo del imperio, mientras lo fuera solo presunto. Dentro de todas estas suposiciones, dotado el príncipe Eugenio de por vida con el vireinato de Italia nada tenia que legar á su descendencia. Aun despues de cometer faltas en Sicilia, este príncipe afable y sumiso habia adquirido verdaderos títulos militares durante la última campaña

y á lo mucho que Napoleon le queria se agregaba su propósito de no agravar con la indiferencia hácia su persona y su suerte el vivo dolor que le acababa de causar repudiando á su madre la emperatriz Josefina. Resueltamente inició este asunto cerca de Napoleon la princesa Augusta de Baviera, esposa del virey, dama digna de su gerarquía, y dotada de singular fuerza de carácter, recordándole con oportunidad los deberes que respecto de ella contrajo al ir á buscar junto á uno de los tronos mas antiguos de Europa, á fin de enlazarla con un marido sin cuna de príncipe ni patrimonio, y haciéndole conocer lo muy obligado que estaba á no dejarla sin dotacion para sus hijos entre aquella perpétua recomposicion de coronas. Enternecido Napoleon ante las manifestaciones de la princesa y el secreto pesar del príncipe Eugenio, les otorgó la reversibilidad de la nueva dotacion acabada de crear á favor del príncipe primado, bajo el título de principado de Francfort. A ella iba unido un cargo importante, el de presidente de la Confederacion del Rhin, siempre bajo el supuesto de que durara este edificio; hipótesis que hay que admitir irremisiblemente cuando se refieren los hechos de aquellos dias, para aquilatar en su justo valor las cosas. Por lo demas, la quebrantada salud del príncipe primado no debia condenar á larga espera á la familia del príncipe Eugenio.

A impulsos del deseo que movia á Napoleon á acelerar la distribucion y evacuacion de los territorios alemanes, dedicóse sin levantar mano á dirimir con el rey Gerónimo ciertas disputas territoriales y rentísticas todavia pendientes y muy desagradables para ambos hermanos. Durante la ter-

minada guerra no habia satisfecho el rey Gerónimo á Napoleon, y no en manera alguna porque se mostrara débil en las operaciones militares, sino por haber tardado en salir á campaña, y atendido en su administracion á los dispendios de lujo mas que á los gastos de provecho, y por no gobernar su reino de modo que agradara á los alemanes, y por consentir que se suscitaran á los donatarios franceses, que habian recibido dotaciones territoriales en Westfalia, contrariedades nada propias á que Napoleon las tolerase, celoso como era de la suerte de sus soldados. Con todo, no viendo entre sus hermanos otro verdaderamente militar que el rey Gerónimo, y habiéndole encontrado siempre dócil y adicto, continuaba en manifestársele indulgente sin que dejara de vez en cuando de tratarle con extremada aspereza, como á todos los miembros de su familia.

Resolvió cederle definitivamente el Magdeburgo y ademas el Hannover, que formaba en Alemania un vasto y muy buen territorio aun no distribuido. No era esto añadir mucho á la dificultad de las paces con Inglaterra, pues si de muchos años atrás se habia acostumbrado esta potencia á mirar como propiedades suyas las islas Jónicas, Malta, el Cabo y otras muchas conquistas, aunque ningún tratado general se las hubiera adjudicado definitivamente, parecia haber contraido tambien la costumbre de no considerar el Hannover como territorio que le perteneciera. Cierto es que la real familia siempre lo tenia por su personal patrimonio; mas semejaba que á los ojos de la nacion equivaldria esta pérdida á alivio de una carga. En cambio de la cesion hecha á favor suyo, hubo de com-